

EVA P. V

# QUIERO TU PRINCE Y TU

*Rela  
er*





Índice

Portada

Índice

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1. El castigo

Capítulo 2. Natalie

Capítulo 3. Sorpresa

Capítulo 4. Temores

Capítulo 5. Scott

Capítulo 6. Mi ángel

Capítulo 7. Renacer

Capítulo 8. Sentir

Capítulo 9. Solos tú y yo

Capítulo 10. Daniela

Capítulo 11. Todo de mí ama todo de ti

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Créditos



PlanetadeLibros.com



Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Quiero ser tu principio y tu fin

Cuando el amor nunca muere

Relato

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

(Otoño en Manhattan)

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

En memoria de todas aquellas personas que lucharon  
con toda su alma contra el cáncer, hasta perder la batalla.

En especial, a Lydia,

y a mi madre, Antonia Valencia.

Amar no es solamente querer, es sobre todo comprender.

Françoise Sagan

# 1

## El castigo

Manhattan, 27 enero de 2014

3 semanas después del trasplante

Tras entrar en el apartamento y dejar las cartas sobre el mueble recibidor, Gabriel dio un golpe seco de talón a la puerta para cerrarla.

Sonrió alzando la mirada y dirigiéndola hacia el final del pasillo. Una deliciosa y envolvente

fragancia lo atrajo hacia el dormitorio, el cual permanecía casi en la más absoluta oscuridad, salvo por la escasa luz de unas velas colocadas estratégicamente para recrear un ambiente enigmático y mágico.

Acabó de abrir la puerta mientras se desanudaba la corbata de seda.

—Jessica... —Echó un vistazo rápido hasta descubrir dónde se encontraba—. ¿Te pasa algo?

Gabriel se descalzó y, dejando caer los zapatos de cualquier manera, caminó hacia ella.

—¿Tienes fiebre? ¿Qué es todo este despliegue de romanticismo? —se burló colocando la palma

de la mano sobre su frente.

Ella se carcajeó.

—¿Ha tenido un agradable día en el despacho, señor Gómez? —le preguntó con voz melosa,

acariciando cada palabra con su lengua.

Más asombrado si cabía, alzó una ceja sin aún descubrir las intenciones de la joven y añadió:

—Definitivamente, lo reafirmo: tienes fiebre.

Tras sonreírle con picardía, ella humedeció su labio inferior con ayuda de la lengua, muy

lentamente, de forma morbosa y muy sugerente.

—Cómo le gusta ponerme cachondo... —Agarró una de sus manos y la colocó sobre su latente

erección, que crecía con descaro bajo la tela de los pantalones de pinzas—. Y debo añadir que se le da

de maravilla, señorita Orson.

—¡Mmm! Y es así como me gusta tenerlo... bajo mi absoluto control — agregó realizando un

suave masaje a lo largo de la envergadura de su miembro enhiesto y palpitante.

Gabriel quiso acercarse para devorarla en un ardoroso beso que ansiaba desde que la había visto,

pero ella se anticipó, posando el dedo índice sobre sus carnosos y hambrientos labios.

—Tranquilo, fiero. —Sonrió traviesa—. Desnúdate y espérame sentado en la cama.

Se rascó la nuca, pensativo, y observó perplejo cómo Jessica se alejaba y desaparecía de la

habitación.

Zarandeó la cabeza, sin darle más importancia que la necesaria, y comenzó a



desvestirse. En cierta

forma, lo agradecía; poder desprenderse de aquel atuendo de «estirado ejecutivo» era cuanto precisaba

en aquel momento y... por supuesto, la ración diaria de sexo salvaje y alocado con su particular ángel

de cabellos negros.

Primero la americana, luego uno a uno todos los botones de la camisa de firma y, en poco menos

que un suspiro, yacía tendido y como Dios le trajo al mundo sobre las delicadas y suaves sábanas de

satén.

Miró a ambos lados. La habitación estaba irreconocible; en sólo unas semanas Jessica la había

decorado a su gusto, dándole evidentes toques femeninos, acordes a su intensa y arrolladora

personalidad. Entre los detalles más significativos había un sillón en tono rojo fuego y de formas

ergonómicas, diseñado exclusivamente para practicar el tantra y llevar a cabo cada una de sus

fantasías sexuales.

Poco después, bajó la vista a su entrepierna mientras apuntaba a su pene con el dedo y lo reprendía

de forma inquisidora:

—Más te vale portarte bien, tú ya me entiendes... Te quiero aguantando varios asaltos como un

campeón. —Sonrió—. Algo me dice que esta noche va a ser memorable...

Nada más pronunciar aquellas palabras, Jessica hizo su aparición estelar por el umbral de la

puerta.

Con un erótico contoneo de caderas se deslizó sensual por la reducida estancia, sin dejar de

mirarlo; él la observaba tratando de tragar saliva. Se había quedado seco, al instante. Incapaz de

pronunciar una sola palabra.

Las imponentes curvas de la joven se dibujaban bajo una transparente y sensual bata de lencería

negra que haría vagar la imaginación hasta del ser más apocado sobre la faz de la tierra.

Se acercó hasta el iPod y deslizó la yema de su dedo por la pantalla táctil hasta dar con la canción

que tenía reservada. Presionó ligeramente y, en seguida, las primeras notas de Submerge til we become

the sun – Embrya, de Maxwell, envolvieron el ambiente.

Sin apartar su mirada de los ojos de él, Jessica aflojó el lazo que rodeaba su estrecha cintura para

desprenderse con lentitud de la bata, permitiendo que la suavidad de la seda la acariciara y erizara su piel antes de que ésta cayera a sus pies.

Envuelta en un halo místico e hipnótico, subió a la cama y comenzó a gatear a cuatro patas hasta

quedar a escasos centímetros de su boca.

Su cálido aliento acarició los labios de él y el aroma de su perfume le aturdió los sentidos.

Abrió la boca tras humedecerse lentamente los labios, mientras se acercaba a su oído para

runrunearle una proposición que no podría rechazar:

—¿Crees estar preparado para lo que te voy a hacer sentir?

Gabriel tragó costosamente saliva; su mirada penetrante y el susurro sensual de sus palabras le

habían erizado todo el vello de su cuerpo.

—Estoy ansioso por sentirte, mi vida.

—Buen chico. —Sonrió satisfecha.

Y dicho esto, liberó su larga melena de un brillante negro azabache, permitiendo que cayera en

casca sobre su espalda desnuda. Luego, tras tentarlo con su mirada felina, se abalanzó sobre su boca

para devorarla con tanta ansia que logró dejarlo sin aliento.

—¡Dios mío, Jess! —Inspiró hondo y, tras recuperar la compostura, prosiguió

—: Cuando estoy

contigo, pierdo por completo la cordura. Todo, absolutamente todo, deja de existir para pasar a un

segundo plano y en lo único que pienso es en hacerte el amor.

Ella lo miró unos instantes antes de suspirar.

La fúlgida mirada verdosa de Gabriel por un momento la hizo dudar y a punto estuvo de abandonar

sus planes, por lo que desvió la vista a la cómoda y abrió el primer cajón para buscar algo en su

interior.

—Ahora, jugaremos —dijo con voz firme pero melosa.

—¿A los médicos? —se burló.

Ella negó con la cabeza.

—Frío, frío... —añadió mostrándole un par de esposas metálicas.

Gabriel enarcó una ceja.

—¿Ahora te va el rollito bondage?

Jessica no le respondió; se limitó a tomar una de sus manos y, tras abrir una anilla de una de las

esposas, la ciñó alrededor de su muñeca, para luego atarla a uno de los barrotes de la cabecera.

—¿Qué morbo me está dando esta situación...! ¿Cómo no me has atado antes?

—¡Shhhh! —lo silenció buscando la otra mano para realizar la misma operación—. No te muevas

o te causarán heridas.

—Vale, jefa. Seré obediente.

Acto seguido, lo tentó repetidas veces, acercando la boca a sus labios de forma muy morbosa, sin

llegar a besarlo.

Frustrado, observó cómo ella se deslizaba lentamente por las sábanas hasta

salir de la cama, para

poco después colocarse de pie, justo enfrente.

Las vistas desde aquella posición eran espectaculares.

La lencería de encaje negro realzaba los innumerables atributos de Jessica, quien comenzó a

moverse al son de la canción, de forma sugerente, mientras desabrochaba los corchetes del corpiño y

lo dejaba caer con delicadeza.

Gabriel empezó a removerse inquieto.

Se imaginaba acariciando, masajeando, atrapando aquellos turgentes y prietos pechos entre sus

manos. Lamiendo, succionando y mordisqueando los deliciosos pezones...

—¿Podrás soportar mirar sin tocar?

Él pestañeó y luego respondió con voz ronca:

—Estoy disfrutando como un enano. De momento, ve calentándome los motores... que luego no

habrá quien me detenga...

Ella sonrió con picardía.

Después, dio media vuelta y empezó a jugar con la tela del tanga, antes de deslizarlo poco a

poco por sus largas piernas, mientras se inclinaba ligeramente hacia delante, mostrándole la redondez

de sus glúteos y su sexo perfectamente depilado.

Gabriel empezó a relamerse los labios.

Estaba al borde de la excitación. El fuego del deseo comenzó a recorrer cada parte de su cuerpo.

Quiso liberarse y tiró con fuerza de uno de los amarres, pero la rigidez del metal se lo impidió.

Refunfuñó entre dientes. Se moría de ganas de besarla, de acariciarla... de hacerla suya.

Llevaba muy mal ser un mero espectador; pese a ello, no podía dejar de observarla. Era

perturbadora. Jessica, la mujer de la que estaba locamente enamorado, bailaba con un gusto exquisito

al son de aquella melodía. Iba ataviada únicamente por un liguero de delicado encaje negro, medias de

seda y unos altísimos zapatos negros de tacón. Era la viva imagen del erotismo.

Gabriel se acomodó, tratando de disfrutar de aquel momento en la medida que le fuera posible,

pues estaba convencido de que la penitencia tendría recompensa.

Poco después, Jessica buscó un frasco de aceite afrodisíaco con aroma de frambuesas. Lo abrió y,

alzándolo en el aire, dejó caer un generoso hilo del fluido sobre sus voluminosos pechos. Echó la

cabeza hacia atrás y abrió la boca para buscar aire mientras se masajeaba los senos y se pellizcaba los pezones proporcionándose placer.

Lentamente, descendió acariciando su vientre con movimientos circulares.

Gabriel soltó un gruñido al notar cómo las venas de su pene estaban tan hinchadas que amenazaban

con estallar en cualquier momento.

Jessica deslizó una de sus manos hacia su monte de Venus y, al llegar a ese punto, abrió los ojos

para mirar fijamente a Gabriel.

—¿Te gusta lo que ves?

Él soltó una risotada cantarina.

—Eres perversa. De sobra sabes que, de no estar atado, ya te habría follado varias veces.

Jessica volvió a sonreír. Su metódico plan estaba saliendo a la perfección.

Dio unos pasos a su derecha. Sobre la cómoda había un pañuelo oscuro y, oculto bajo éste, varios

consoladores, de diferentes medidas y texturas.

Escogió uno, curiosamente el de cristal. Al poco, se recostó sobre el sillón y, tras separar las

piernas, empezó a jugar con el aparato en el orificio de su vagina. No necesitaba lubricarlo, estaba tan excitada y expuesta que pudo introducirlo sin ningún tipo de esfuerzo. Entraba, salía y se movía

con total naturalidad en su interior.

Gabriel empezaba a estar fuera de sí, rozando el borde de la locura. Atado, sin posibilidad de

desahogarse ni masturbarse. El aire a su alrededor se había vuelto denso y prácticamente irrespirable.

—Jess... desátame... por favor.

Ella no sólo hizo oídos sordos a sus plegarias, sino que intensificó los gemidos, la respiración

jadeante y las caricias por todo su cuerpo embadurnado de aceite.

Por suerte para Gabriel, su calvario pronto alcanzaría a su fin, pues Jessica comenzó a acariciar su

abultado clítoris con la yema de un dedo y poco después un apoteósico orgasmo la arrastraba

irremediablemente al éxtasis.

Mientras retomaba el aliento, observó cómo una fina y brillante capa de sudor bañaba la frente y el

torso de Gabriel. Sonrió. Tal y como había previsto, acababa de lograr su cometido: el castigo.

Se incorporó, se acercó a Gabriel y lo liberó únicamente de una de las esposas.

Él soltó el aire, aliviado.

—¡Dios! Me moría por tocarte... —murmuró mientras clavaba los dedos en las contorneadas y

firmes carnes de sus nalgas—. Si me quitas las otras esposas, te recordaré por qué te gusta follar

conmigo...

Jessica chasqueó la lengua al tiempo que negaba con la cabeza y se apartaba de él.

—Me temo que no, Gabriel Gómez Alonso.



Él se quedó perplejo, era la primera vez que lo llamaba por su nombre completo.

—¿No piensas liberarme?

—No. —Sonrió con travesura—. Veo que lo has captado a la primera.

Gabriel la miró mucho más sorprendido que antes.

—¿Recuerdas el día de mi cumpleaños? —le preguntó levantándose de la cama y empezando a

recoger la ropa esparcida por el suelo.

Él trató de hacer memoria.

—Por supuesto que me acuerdo.

Arrugó el entrecejo aún sin comprender, para luego proseguir:

—Te regalé tres de las cosas más importantes en mi vida: mi fascinación por los tatuajes, mi

pasión por la música y mi refugio, aquel que me permite aislarme del mundo cuando éste me asfixia.

—Exacto.

Jessica apagó el iPod y fue soplando, una por una, todas las velas. Cuando la habitación quedó a

oscuras, salvo por la luz de la luna llena que se colaba a través de la ventana, Jessica se desnudó por completo y caminó hacia la puerta antes de marcharse de la habitación.

—Éste será tu castigo. El castigo que prometí darte el día de mi cumpleaños.

Después de unos instantes de meditación, Gabriel rompió el silencio echándose a reír.

—¡Joder! Las malditas Converse —admitió al fin.

—Tú lo has dicho: las malditas Converse.

Y tras encogerse de hombros, salió del cuarto, dejándolo a solas.

Mientras, Gabriel resopló resignado mirando su miembro que aún seguía erecto.

—Amigo, hoy no es tu día de suerte... por lo visto, tendrás que conformarte con un cinco contra

uno.

Cuando oyó el agua de la ducha correr y el crujido de la puerta de la mampara al cerrarse, rodeó su

falo con la única mano libre y comenzó a realizar una suave fricción arriba y abajo, por toda la

envergadura del tallo hasta el glande.

Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en la cabecera.

El tranquilo movimiento en seguida subió de intensidad, al igual que su respiración y el ritmo de

los latidos de su corazón.

De repente, cuando casi estaba a punto de alcanzar el clímax, un estruendo proveniente del aseo le

obligó a detenerse y a desviar la mirada en aquella dirección.

La imagen de ella invadió su mente como un torbellino.

—¡Jess! —la llamó alzando la voz.

Esperó unos instantes, pero ella no respondió.

—¡¡Jessicaaaa!! —gritó alarmado tirando con desesperación de la anilla de las esposas—.

¡Contesta, maldita sea!

Bramó como un animal frustrado, tras varios intentos fallidos por liberarse, sin conseguirlo.

«¿Dónde demonios estará la jodida llave?»

Estiró el largo de su brazo hacia los cajones de la cómoda, donde minutos antes Jessica había

buscado las esposas. Abrió uno y tanteó el interior, pero ni rastro de ella.

El segundo cajón quedaba fuera de su alcance. Por más que trató de abrirlo, fue del todo inútil, el

amarre al cual estaba sometido se lo impedía.

Derrotado, Gabriel gruñó tirando de su pelo al tiempo que cerraba los ojos apretándolos con vigor.

Aquello no podía estar pasándole a él: desnudo y atado como un vulgar animal capturado mientras

pasaban los minutos sin poder socorrer a Jessica.

Con la angustia oprimiéndole el pecho, golpeó la superficie de la cama con el puño y algo brillante

y diminuto rebotó del colchón, produciendo un tímido tintineo similar al metal cuando cayó al suelo.

Bajó la vista y allí, reluciente y dorada, yacía esperando la ansiada llave.

Gabriel estiró el brazo y, aunque le costó unos instantes, logró alcanzarla con la punta de los

dedos.

Rápidamente, abrió el cerrojo, bajó de un salto de la cama y corrió a través del pasillo hasta el

cuarto de baño. Su corazón martilleaba intensamente su tórax. Temía llegar tarde, ya que, por

desgracia, el tiempo jugaba en su contra.

La puerta entreabierta y el más absoluto silencio, salvo por el sonido del agua de la ducha, hacían

prever lo peor.

Acabó de abrirla y, al instante, la densidad del vaho se coló por los orificios de su nariz y la

humedad del ambiente se adhirió a su piel como un perfecto guante.

Tuvo que pestañear varias veces antes de que su retina lograra vislumbrar el cuerpo inmóvil y

tendido en el suelo del interior de la bañera de acero esmaltado.

Gabriel contuvo el aliento. El miedo se apoderó de su raciocinio y por un momento el mundo se

detuvo para desplomarse bajo sus pies cuando, al aproximarse, vislumbró un charco de sangre que

teñía de rojo la cara interior de sus muslos.

«¡Oh, Dios mío, Jessica!»

2

## Natalie

Bellevue Hospital Center

La noche cayó sobre la ciudad de Manhattan cubriéndola de un manto frío y oscuro, de igual forma

que los atormentados pensamientos que se adueñaban de la mente de Gabriel.

De nuevo, la angustia y la incertidumbre se cernían sobre sus vidas. El caprichoso destino, por lo

visto, no pretendía concederles ninguna tregua.

No podía soportar la sola idea de volver a perderla, esta vez no.

Cerró un puño y, cuando pretendía descargar su ira contra una de las paredes de la sala de espera,

giró el rostro al ser alertado por una voz familiar.

—Gabriel.

Éste volvió en sí, para poco después fijar la vista en los ojos almendrados y grávidos de sabiduría

del doctor Etmunt.

—¿Cómo se encuentra Jessica?

—Está estable. No reviste lesiones de gravedad, salvo por el sangrado.

Olivier hizo una breve pausa para encontrar las palabras adecuadas. La mala utilización podía

cambiar el contexto y agravar la preocupación de Gabriel. Así que, tras meditarlo varios segundos,

prosiguió con su característico timbre grave y firme:

—Estamos a la espera de los resultados de las pruebas analíticas. Éstas nos dictaminarán las

medidas que deberemos adoptar.

Gabriel se frotó la cara con ímpetu maldiciendo entre dientes. ¿Hasta cuándo?, se preguntaba una y

otra vez. ¿Cuándo recuperarían de nuevo el control sobre sus vidas? Aquella maldita pesadilla parecía

no tener fin. ¿Tan difícil era tener una vida normal y sencilla como cualquier mortal?

Aprovechó para formularle más preguntas sobre la enfermedad de Jessica:

—¿Acaso ha empeorado?

El doctor negó con la cabeza y luego le colocó la mano sobre su hombro derecho.

—Ha sufrido un simple desmayo. No te preocupes.

—Pero ¿por qué? —le preguntó con la mirada afligida tratando de comprender.

—En ocasiones, tras las sesiones de quimioterapia aparecen los llamados efectos secundarios. En

el caso de Jessica, su cuerpo ha sufrido un descenso de los glóbulos rojos. Para que te hagas una ligera idea, cuando esto ocurre, los distintos órganos no obtienen el oxígeno necesario para seguir

funcionando correctamente y, por consiguiente, causan la anemia, cuyos

síntomas más comunes

suelen ser cansancio, palpitaciones, debilidad... y mareos.

—Entonces, ¿ella se encuentra bien?

—Perfectamente. —Le sonrió—. Está consciente y no ha dejado de preguntar por ti.

Gabriel, tras escuchar aquellas palabras, soltó el aire de sus pulmones, aliviado.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto.

El doctor Etmunt lo acompañó hasta la habitación donde ella descansaba tendida sobre la cama.

—Os dejo a solas. Cualquier cosa, no dudéis en avisar a la enfermera, ella me localizará de

inmediato.

—Gracias, Olivier.

Ambos se estrecharon la mano.

—Gracias por todo —añadió.

Él le respondió con una afable sonrisa y luego desapareció cerrando la puerta tras de sí.

Al girarse y encontrarse con los ojos azul zafiro de Jessica no pudo evitar permanecer anclado en

el sitio, verdaderamente sorprendido.

Pese a su aspecto frágil y delicado, era capaz de percibir desde aquella

distancia un brillo especial

en su mirada.

Ella se echó a reír, divertida.

—¿Piensas quedarte ahí plantado como un pasmarote toda la noche?

Contagiándose en seguida de su risa, cruzó la habitación en apenas cinco zancadas y, sin previo

aviso, se inclinó ligeramente para fundir su boca con la suya, en un beso cargado de desesperación y al mismo tiempo de inmensa dulzura. La besó sin prisas, saboreando y explorando cada rincón.

Cuando se dio por satisfecho, separó sus labios de los de ella y, apoyando su frente a la suya,

pronunció con voz trémula:

—He sentido pánico... creía que te perdía de nuevo.

Jessica cerró los ojos y deslizó los dedos por su nuca para enredarlos en su pelo mientras le

susurraba con un hilo de voz:

—No me vas a perder, nunca. Ninguna maldita enfermedad logrará separarme de ti.

Gabriel besó otra vez sus labios mientras le sujetaba con sumo cuidado la cara entre sus manos,

para luego añadir:

—Te quiero y haré lo imposible por hacerte feliz el tiempo que estés a mi lado... ya sea un día, un

año o una vida entera.



La miró intensamente a los ojos perdiéndose en la profundidad de su mirada y luego le retiró el

pelo de la frente para colocárselo detrás de la oreja.

Jessica se inclinó, apoyando la cara en el hueco de su cuello.

—No pienso rendirme... lucharé por envejecer a tu lado.

Gabriel sintió cómo su alma se partía en dos. Rezaría porque así fuese, porque ella no lo

abandonara tan pronto. La abrazó y estrechó entre sus brazos y, cuando acercó los labios a su oído, le

susurró ahogando un quejido:

—Te quiero. Te quise desde el primer momento en que te vi y... te amaré para siempre.

\*\*\*

Tras convencerla de que tenía que dormir y descansar, Gabriel descendió a la planta baja, donde se

encontraba la cafetería del hospital. Necesitaba comer algo, estaba hambriento. Su estómago hacía

rato que reclamaba sustento.

Al llegar a la barra, se sentó en una de las esquinas y esperó su turno.

Inspiró hondo y miró la hora en la pantalla de su móvil. Era casi medianoche.

Estaba tan agotado que sin darse cuenta bostezó. Pretendía darse unas palmaditas en las mejillas

para tratar de despejarse, cuando oyó una acalorada discusión proveniente de una de las mesas del

fondo.

Instintivamente, ladeó la cabeza mirando en aquella dirección, atraído por las palabras entre

sollozos de una mujer joven:

—¡No! Natalie se quedará con nosotros —vociferó ella con los ojos desorbitados.

—Grace, deberías respetar su última voluntad, por favor.

El joven alto y desgarbado, de apariencia diez años mayor de su edad, quiso aproximarse un poco

más a ella para abrazarla, pero ésta se anticipó y lo apartó con desdén de un repentino manotazo, el

cual lo pilló por sorpresa; él, abrumado, añadió:

—Déjala marchar... ya ha sufrido bastante.

Ella negaba incesante con la cabeza.

—No puedo, no quiero...

Grace se secó las lágrimas con rabia y salió corriendo hacia la calle. El joven, por el contrario, tras ver cómo se marchaba, caminó en dirección a la barra.

Con la mirada perdida, buscó unas monedas que depositó sobre una bandejita ovalada.

Mientras, Gabriel lo observaba en silencio.

Las horribles y grisáceas ojeras que ensombrecían su triste mirada unida a su ropa arrugada

manifestaban las largas horas que probablemente había permanecido a la espera, sentado en una de las

incómodas butacas de aquel hospital.

El joven arrastró una de las sillas y se sentó, aguardando que la camarera reparara en él para

cobrarle.

—Siento la escena —trató de disculparse sin aún mirar a Gabriel, aunque las palabras iban

dirigidas a él—. Natalie es... —Hizo una breve pausa para inspirar hondo antes de proseguir con algo

más de vigor—: Ella es nuestra única hija.

Gabriel lo escuchaba con atención. Su frágil voz y el ligero temblor de sus manos evidenciaban su

desesperación.

—Natalie es la niña más buena, dulce y con agallas que he conocido nunca. Su lucha por

sobrevivir nos ha enseñado a devorar la vida y disfrutar de ella a cada momento. Que todo lo que te

brinda, por ínfimo que parezca, es siempre un regalo.

Con las manos aún más temblorosas que antes, deslizó una en el interior del bolsillo de la camisa y

extrajo una diminuta fotografía.

Tras mirarla unos segundos, alargó el brazo para mostrársela a Gabriel, quien se levantó de la silla

para alcanzarla y poder sujetarla entre los dedos.

Era una niña de angelical mirada gris, de pómulos altos, sonrosados y

redondeados, y nariz chata

poblada de innumerables y graciosas pecas. Pero lo que más llamó su atención fue el pañuelo rosa que

rodeaba su cabeza, ocupando el lugar que le correspondía a su larga y dorada melena.

—Tiene tan sólo nueve años.

—Es preciosa —dijo con sinceridad.

El joven sonrió con timidez y orgullo al mismo tiempo.

—Es igualita a su madre, Vivian.

Gabriel dedujo por aquel comentario que Grace no era su verdadera madre.

Poco después le devolvió la fotografía y éste la guardó de nuevo a buen recaudo, para luego

mirarle a los ojos y añadir con valentía tras suspirar:

—Se muere.

Tras oír de su boca aquel par de palabras, el corazón de Gabriel pegó un fuerte latigazo en el

interior de su pecho.

—Todos los tratamientos han fracasado.

Sus ojos se vidriaron al instante. Aquel padre joven a quien la vida había castigado con severidad

se mostraba vulnerable, sin saber muy bien por qué desnudaba su alma a un completo desconocido.

—La leucemia está tan avanzada que, a partir de hoy, Natalie ya no recibirá

ningún tipo de

tratamiento. —Se rió con sorna, derrotado—. A partir de hoy, sólo recibirá asistencia paliativa en

nuestro hogar.

Se secó las lágrimas que surcaban sus pálidas mejillas con el dorso de la mano y luego sorbió por

la nariz.

—Lo siento.

Gabriel colocó una palma sobre su espalda tratando de serenarlo y, después, le ofreció un pañuelo

desechable.

—Gracias —dijo desplegándolo y sonándose la nariz—. El único deseo de mi hija antes de que

ocurra lo peor es ver por última vez a su madre biológica, que la abandonó cuando no había cumplido

siquiera los tres años de edad.

A Gabriel le pareció un acto descabellado pero completamente lícito. La imagen de su padre

invadió su mente. Cuánto daría él por pasar unos minutos con su padre y demostrar lo mucho que lo

quería y lo añoraba. Estaría dispuesto a ofrecerlo todo.

La camarera por fin hizo acto de presencia y, tras recoger y contar las monedas, devolvió el

cambio en una bandejita distinta, esta vez rectangular.

El joven ignoró las cinco monedas, se puso en pie y miró a Gabriel.

—Gracias. —Ensanchó los labios en una sonrisa cargada de amabilidad—. Gracias por

escucharme. Lo necesitaba...

Gabriel le devolvió la sonrisa y al poco lo vio desaparecer.

La camarera se acercó para tomar nota.

—Buenas noches, ¿vas a cenar?

Tardó unos instantes en contestar. Ya no tenía hambre, su voraz apetito al parecer se había

esfumado de golpe.

—No, gracias.

Salió corriendo de aquel lugar, para atravesar el largo pasillo y ascender a la tercera planta. Al

llegar a la habitación, abrió la puerta con sigilo para no despertar a Jessica y, tras caminar de puntillas, se descalzó, se desnudó y se metió en la cama abrazándola por la espalda.

Suspiró aliviado y, tras hundir la nariz en su pelo, cerró los ojos.

«No existe otro lugar en el mundo mejor que tú, Jessica Orson. Tú eres mi refugio.»

### 3

## Sorpresa

Jessica abrió mucho los ojos, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—No es posible, Olivier. Debe de tratarse de una broma.

El doctor Etmunt le mostró con la yema del dedo índice la parte de la hoja de papel donde

especificaba claramente la palabra «positivo».

—Jessica, creía que te alegrarías.

—¿Alegrarme?

—Sí —añadió extrañado.

Segundos después, puso los pies en el suelo y, tras levantarse de la cama, comenzó a pasearse con

nerviosismo por la habitación.

—Un bebé... —murmuró al tiempo que negaba con la cabeza y, en el acto, se detuvo en seco—.

Pero ¿cómo es posible?

Después de guardar las gafas en el bolsillo de la bata y rascarse la barbilla, le respondió:

—A veces los milagros ocurren.

—¿Y... las sesiones de quimioterapia? —preguntó más angustiada, si cabía.

Olivier sonrió cauteloso y ella clavó sus ojos en él, con una mirada cargada

de preocupación.

—Tranquilízate, Jessica. —Se levantó con ahínco de la butaca para acercarse a ella. Una vez quedó

enfrente, asió una de sus manos y, tras convencerla, la acompañó a que tomara asiento.

—Estás encinta de unas tres semanas.

Pensó detenidamente, tratando de recordar cuándo se había producido el encuentro en cuestión. Y

sí, por más que quisiera buscar algún error, reconocía que las fechas encajaban a la perfección.

Inconscientemente, posó su mano sobre su vientre sin darse cuenta.

—Los altos niveles de la hormona hCG en tu sangre alertaron mi curiosidad, por lo que solicité a

mi equipo una nueva prueba para salir de dudas.

—Comprendo.

De repente, la puerta se abrió. Era Gabriel, sonriente y con una mochila colgando de su hombro.

Jessica miró a Gabriel mientras éste dejaba las pertenencias en el interior del armario y,

aprovechando su despiste, se dirigió a Olivier en voz baja:

—No le comentes nada a Gabriel, por favor. Antes debo tener claro si quiero o no interrumpir el

embarazo.

—Pero...



—Ni una sola palabra —le remarcó con frialdad—. ¡Promételo!

Olivier no quiso responder.

—Por favor... —le rogó esta vez.

Éste cerró los ojos y apretó los dientes. Para cuando los volvió a abrir, se encontraba sucumbiendo

a su súplica. Jamás había visto a su amiga tan perdida y abatida.

Y, aunque lo desaprobaba, respondió:

—Claro, tú eres lo primero.

—Gracias.

Suspiró aliviada, al fin.

—¿Qué os pasa chicos? ¿Qué os traéis entre manos?

Gabriel la besó en la frente y palmeó la espalda de él.

Cuando se sentó a su lado y le cogió una de las manos, notó que ésta estaba congelada.

—¿Te encuentras bien, Jess? Estás muy pálida.

Se la quedó mirando unos instantes hasta que ella desvió la mirada a otra parte. A él no podía

mentirle, por lo que le soltó de la mano como si le quemara y se levantó para encerrarse en el cuarto

de baño.

Se desvistió sin dejar de observar su imagen en el espejo mientras acariciaba con movimientos

circulares su vientre. Luego, giró el mando de la ducha en el sentido de las agujas del reloj y, cuando se disponía a entrar en el plato, la desesperación y el temor a un futuro incierto se apoderaron de su

voluntad.

Jessica se sentó sobre el gélido gres y, cubriéndose la cara con las manos, lloró hasta que no le

quedaron más lágrimas por derramar.

## 4

### Temores

La salud de Jessica mejoró con el transcurso de los días, aunque no de igual forma que el mar de dudas

que se cernía sobre su estado. Llevaba varias noches sobresaltándose, bañada en un sudor frío y

pegajoso. Solía salir al balcón a esas horas de la madrugada. Se sentaba y trataba de mantener la

mente en blanco mirando los destellos multicolores que dibujaban los rascacielos en la ciudad de

Manhattan; aquello era lo único que lograba mantener sus temores a raya.

—Jess, entra en casa. Vas a pillar una pulmonía.

Gabriel se acuclilló frente de ella y comenzó a frotar sus muslos.

—Ahora mismo voy —le contestó sonriendo sólo a medias mientras enredaba los mechones rubios

entre sus dedos.

Él no pudo evitar escudriñarla con la mirada. Algo la perturbaba, era evidente.

—Jessica, sé que algo te preocupa. Algo importante —pronunció en voz baja.

Ella lo miró fijamente.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Jessica suspiró soltando el aire poco a poco.

No era cuestión de confianza, sino de los fantasmas que la acechaban: sus propios miedos.

Era incapaz de no pensar en el futuro. Un oscuro futuro, desconocido, repleto de innumerables

obstáculos y dificultades. Su alma se partía en mil pedazos, por el mero hecho de imaginar que su

bebé naciera con deformidades por su culpa. Y, en el peor de los casos, ¿qué ocurriría con el bebé y

con Gabriel, si ella muriera?

En seguida la mirada de Jessica se entristeció y varias lágrimas rodaron por sus álgidas mejillas.

—Cariño, me estás asustando...

Gabriel sujetó su cara con ambas manos.

—Te quiero y no soporto verte así, por favor... —Frunció el ceño, preocupado, buscando en sus

ojos respuestas—. ¡Háblame, joder!

Ella se mantuvo en silencio durante unos instantes, antes de responder:

—Debo tomar una decisión, probablemente sea la más difícil de mi vida y he de hacerlo... sola.

La expresión de él se volvió fría como el hielo y se hizo un silencio ensordecedor, que los

distanció cada vez más.

Gabriel no entendía su postura. Y sí, él creía que todo era cuestión de confianza. De no existir

plena confianza entre ambos, la relación no podría seguir funcionando.

Dejó de acariciar sus mejillas y se apartó un poco hacia atrás mirándola a los ojos. Le sostuvo la

mirada unos segundos antes de levantarse y regresar a la cama, solo.

No estaba enfadado, sino decepcionado.

Jessica, al quedarse a solas, sintió una opresión en el pecho que la asfixiaba y, abrazándose a sí

misma, rompió a llorar con desaliento.

La luz del alba que se filtraba tímidamente por los diminutos orificios de la cortina y el grave

sonido de las cuerdas de la guitarra española de Gabriel la despertaron.

Se frotó los ojos y comprobó la hora en el reloj de pulsera que yacía sobre la cómoda.

«Las siete y trece», se dijo para sus adentros.

Apoyó la palma en el colchón para tratar de incorporarse y, al hacerlo, vio que la almohada estaba

cubierta de largos cabellos negros.

Instintivamente, pasó la mano por su cabeza y, sin gran esfuerzo, varios cabellos se desprendieron

del cuero cabelludo.

Bajo su estupor realizó la misma operación, esta vez deslizando los dedos entre los mechones,

peinando su brillante y sedosa melena. Al acabar, y temiéndose lo peor, abrió la mano; su palma

estaba colmada de cabellos.

Un débil sollozo salió de su boca, que fue enmudecido por la otra mano.

De nuevo, el sonido de las cuerdas de aquella guitarra invadió sus tímpanos.  
Agradeció que aquella

melodía distrajera su atención para no seguir pensando en los inevitables  
efectos que la enfermedad

estaba causando en su cuerpo. Y, siguiéndola a través del corto pasillo, dio  
con Gabriel.

Ella se apoyó en el marco de la puerta y, mirándolo desde aquella distancia,  
sonrió orgullosa

mientras admiraba su destreza al tocar el instrumento.

Era la primera vez que lo escuchaba interpretar aquella canción, Diez mil  
maneras, de David

Bisbal:

Si antes de correr, olvidar y desaparecer,

antes de hablar y herir después , caer y levantarnos.

Por qué no caminas junto a mí, de la mano solo

sin decir nada, sólo basta con estar aquí, suficiente con mirarnos.

No es para mí vivir así, tal vez sí es para ti, qué vas a decidir.

Si hay diez mil maneras de olvidar, de rescatarnos e intentar contarnos

siempre la verdad, por qué decir que no.

Si hay diez mil silencios que evitar, ningún secreto que ocultar,

no hay por qué decir que no.

Gabriel maldijo entre dientes cuando desafinó en una de las notas. Atrapó con rabia la púa entre

los dientes para frotarse con fuerza la cara con las manos. Al parecer, aquella mañana, no conseguía

atinar. Estaba demasiado abstraído en otras preocupaciones.

—Continúa, por favor...

Jessica separó el hombro del marco de la puerta y caminó unos pasos hacia él.

Gabriel resopló dejando la guitarra apoyada en el sofá.

—No estoy de humor para cancioncillas.

Se levantó del sofá, se vistió con la camiseta que estaba en el reposabrazos y encendió un

cigarrillo.

—¿Te importaría no fumar en el salón?

Dio una larga calada muy lentamente para luego soltar el humo de camino a la cocina. Una vez allí

giró el mango del grifo y lo apagó bajo el agua.

Poco después, tras respirar hondo, cogió las llaves de la Ducatti que estaban en una bandejita sobre

el mueble del recibidor y, justo cuando se disponía a abrir la puerta para salir del apartamento, ella le preguntó:

—¿Vas a seguir comportándote como un chiquillo por mucho más tiempo?

Él se echó a reír negando con la cabeza.

—No soy yo quien guarda secretos —afirmó con desgana.

Jessica lo miró tratando de buscar compasión en sus palabras, pero él clavó los ojos en ella.

—¡Maldita sea! No soy yo quien no confía en ti.

Y sin siquiera esperar la réplica, dio un portazo cerrando la puerta tras de sí.

—¡Gabriel! —Su grito se oyó hasta el descansillo, pero él no se detuvo.

Jessica sintió cómo rápidamente se le formaba un doloroso nudo al inicio de la garganta y sus

grandes ojos azules se inundaban de lágrimas.

Mientras, él descendió los escalones de tres en tres hasta llegar al garaje y allí, cuando por fin se

quedó a solas consigo mismo y sus atormentados pensamientos, propinó una patada a la primera

columna que se encontró en el camino.

—¡Joder! —se quejó, vociferando con todas sus fuerzas.

El tremendo impacto contra el hormigón casi le fracturó el escafoides. La sensación de dolor

empezó a expandirse rápidamente por todo su empeine.

Dio unos saltitos con el otro pie, hasta lograr apoyar la espalda en una pared. Después, liberándose

de la zapatilla deportiva, masajeó con suavidad toda la zona afectada.

Cuando empezó a notar alivio, se sentó en el suelo y buscó el paquete de



tabaco. Se llevó un

cigarrillo a la boca y lo encendió como si lo necesitara como el respirar.

Ansiaba descargar de algún modo toda la frustración y ésa era de la única forma que lograba

conseguirlo.

Al anoecer, tras resignarse a que Gabriel no regresara a la hora habitual de la cena, decidió

descansar y se estiró sobre las sábanas de la cama. Y, sin darse cuenta, poco después, cayó en un

profundo sueño.

Sobresaltada, se despertó con la sensación de que alguien la observaba. Y, en efecto, se trataba de

Gabriel, quien permanecía de pie, mirándola en silencio, semioculto en la oscuridad.

Jessica se sentó apoyando la espalda en la cabecera de la cama y rodeó las rodillas con los brazos.

—¿Dónde has estado? Me tenías preocupada —dijo echando un vistazo al reloj de pulsera—. Son

más de las tres de la madrugada.

Él continuaba inmóvil y sin mediar palabra. Únicamente, la observaba, con una expresión

inescrutable.

Aquella actitud pasiva no hacía más que acrecentar los nervios de ella, quien no soportaba por más

tiempo aquel distanciamiento:

—Di algo. ¡Por el amor de Dios!

Gabriel inspiró tan hondo y abatido que incluso Jessica pudo sentir en su propia piel su

desesperación.

—Tu silencio también me duele. Que no compartas conmigo tus miedos y que no confíes en mí lo

suficiente me está matando por dentro.

Dio un paso al frente abandonando aquella oscuridad que lo envolvía, permitiendo que el tenue

resplandor de la luna iluminara la mitad de su rostro.

—Te echo de menos, Jessica.

A ella se le encogió el alma.

—Yo también, te echo de menos y... no te imaginas cuánto.

Ella suspiró, temblorosa.

—Entonces, ¿qué nos está pasando? —preguntó abriendo los brazos y dejándolos caer después—.

La Jessica que conozco hablaría, compartiría sus miedos y confiaría en mí.

Sabía que su silencio y sus secretos martirizaban a Gabriel, pero aún no había tomado una

decisión. Tenía que estar convencida de llevar adelante el embarazo hasta las últimas consecuencias.

Lo conocía perfectamente y sabía que, si le mencionaba que iba a ser padre,

se volcaría en ella y en

hacer lo imposible porque el bebé naciera. No tenía ningún resquicio de duda de que sería el mejor

padre del mundo, pero debía mantenerse fría y poner a ambos lados de una balanza los pros y contras.

Y, por el momento, los contras ganaban por goleada.

Al ver que Jessica no contestaba, empezó a desvestirse dejando la ropa tirada sobre el arcón.

Desnudo, llegó a la cama y, al reclinarsse para besarla en los labios, cambió de opinión y la besó en

la frente.

—Buenas noches —murmuró él.

Retiró las sábanas y, poco después de tumbarse, se giró, dándole la espalda.

«Buenas noches... Gabriel.»

5

## Scott

—¿Cómo dices que pasó?

Paula resopló, verdaderamente molesta.

—Cuando quise darme cuenta, Scott estaba a horcajadas sobre un niño mientras lo golpeaba en la

cara con el puño.

Gabriel no cabía en su asombro. Primero se quedó perplejo y luego se echó a reír negando con la

cabeza.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

Cuando pudo parar de reír, le respondió mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos:

—¿Estás hablando de Scott? ¿Del mismo niño tímido y frágil al que hay que arrancarle las

palabras a la fuerza?

Ella cruzó los brazos y arrugó la nariz, indignada por su comportamiento. Desde luego, no lo

esperaba.

—Gabriel —dijo muy seria—. Tengo ojos en la cara y te aseguro que ocurrió tal y como te lo he

contado.

Él alzó una ceja y momentos después se levantó de la silla, se dirigió al gran ventanal y miró a

través de éste.

—Vale —murmuró rascándose la cabeza—. Te creo, aunque me cueste.

Paula sonrió sólo a medias.

—Gabriel. —Tosió aclarándose la voz mientras enderezaba la espalda—. No te he hecho venir

exclusivamente por su mal comportamiento.

Frunció el ceño y se volvió hacia ella.

—Entonces, ¿por qué?

Paula apoyó las manos en la mesa y, tras arrastrar la silla hacia atrás, se unió a Gabriel.

—Acompáñame. Te lo explicaré por el camino.

Abrió la puerta y Gabriel la siguió por el largo pasillo.

—Ya sabes que Scott es un niño muy especial.

Él asintió en silencio sin perder un ápice de atención. Paula prosiguió poco después:

—Y que requiere de una atención especial.

—Sí.

Al llegar al final del pasillo, ella se detuvo frente a una puerta. Buscó en el bolsillo un juego de

llaves y, antes de meter una en la cerradura, miró a Gabriel a los ojos.

—He tenido que reunir al personal docente de este centro para que me ayudara a valorar su

comportamiento, porque yo me he visto incapaz de tomar una determinación.

Él la miró confundido. ¿Una determinación?

Paula meditó un largo rato las palabras que debía pronunciar para no herirlo, pero no veía otra

alternativa más que la sinceridad:

—Scott se ha autolesionado. —Su voz sonó angustiada.

Gabriel enmudeció y su expresión cambió de golpe.

—Pero ¿él se encuentra bien?

La joven de ojos pardos asintió en silencio y luego le explicó los motivos que habían conducido a

Scott a castigarse de aquella forma.

Minutos después, ella lo dejó a solas para que pudiera entrar en la habitación y hablar con él.

Cuando traspasó el umbral, la oscuridad lo envolvió al instante.

Empezó a caminar en silencio casi arrastrando la suela de las deportivas.

Al llegar al centro, se giró sobre sus talones para mirar alrededor buscando al niño, pero éste no

daba señales de vida.

—¿Scott? —preguntó muy bajito.

Nadie respondió.

—¿Scott? —repitió, esta vez alzando un poco más la voz.

Al fin pudo vislumbrar que algo se removía, agazapado entre la tela de las cortinas. Algo menudo

y tembloroso. En sólo unos pasos se plantó justo enfrente y, al llegar allí, se acuclilló. Scott estaba hecho un ovillo, con la cabeza hundida entre sus piernas y sus brazos rodeándolo a sí mismo.

—No tengas miedo... soy yo, Gabriel.

El niño no respondió, pero al menos dejó de temblar, y Gabriel aprovechó para sentarse en el suelo

para poder charlar mejor con él.

De pronto, se oyó el repicar de unos tacones acercándose hasta la puerta. Era Jessica, elegantísima

con un traje negro de falda lápiz y una camisa blanca, inmaculada.

Llevaba su larga melena azabache recogida en un moño alto, pero sofisticado. Y sus perfectas

facciones se realzaban con un suave toque de maquillaje y gloss labial en brillante malvarrosa.

Prefirió no entrar para no interrumpirlos, simplemente se limitó a observarlos, sin mediar palabra.

Gabriel, que estaba de espaldas a ella, no fue consciente de que había llegado, así que empezó a

relatar una vieja y olvidada historia:

—Hace muchos años, en un pequeño pueblo de las afueras de Madrid, vivía un niño en una bonita

casa. Tenía más o menos tu misma edad, diez años.

Empezó a hacer girar el anillo alrededor de su pulgar sin percatarse de ello, sonriendo con

melancolía. Aquellas imágenes acudieron a su mente como breves instantáneas, una tras otra.

—Odiaba ir a clase, lo detestaba. Acudir cada mañana se había convertido en un detestable

infierno. Todo el mundo se burlaba de él, debido a su aspecto. Era bajito, gordito y algo retraído. En

poco tiempo, aquel chaval se había convertido en el hazmerreír de cuantos lo rodeaban.

Scott no lo miraba, pero Gabriel sabía que, por lo menos, sí le estaba prestando atención.

—Un día, harto de recibir tantos insultos, se reveló.

Jessica abrió los ojos, pronosticando el evidente desenlace.

—Corrió hacia el cabecilla del grupo sin detenerse y, cuando lo tenía justo enfrente, lo tumbó de

un solo puñetazo.

Gabriel notó cómo la cortina se movió ligeramente. Sabía que su historia no le sería indiferente.

—La sangre empezó a brotar a borbotones. Le había roto el tabique nasal y, al darse cuenta de lo

que había hecho, se escondió en un lugar que sólo él conocía.

Jessica se llevó la mano sobre el pecho; su corazón latía muy deprisa. Sin perder más tiempo, se

despegó del marco de la puerta y caminó en silencio hacia ellos.



—Tardaron un par de días en encontrarlo. Estaba hambriento, sediento y muy asustado.

Cuando llegó a su altura se descalzó y, tras dejar los carísimos zapatos de tacón en el suelo, se

arrodilló a su lado.

Jessica cogió su mano y entrelazó los dedos con los suyos.

Gabriel se volvió hacia ella y la miró, intercambiando una mirada cómplice, esbozando una fugaz

sonrisa.

Él le apretó la mano. Hacía demasiado tiempo que necesitaba que se produjera entre ambos aquel

acercamiento. La separación entre ellos había sido un verdadero calvario.

—Continúa... lo estás haciendo muy bien —lo animó susurrándole al oído mientras acariciaba el

dorso de su mano con la yema del pulgar.

Asintió y prosiguió:

—Aunque el niño esperaba con resignación un castigo ejemplar, éste no se produjo. Los padres, al

verlo, rompieron a llorar con desesperación, lo abrazaron y lo besaron hasta casi desgastarlo...

Gabriel se rió, negando con la cabeza al recordar aquel momento.

—Scott, a lo largo de tu vida encontrarás a muchas personas que no se portarán bien contigo, que

se burlaran, que inventarán mil historias para hacerte sentir mal...

El niño permanecía callado y oculto tras las cortinas.

—No debes hacer caso de lo que Brian te ha dicho hoy. No es verdad. Yo nunca te abandonaré, no

desapareceré de tu vida como lo hizo tu padre, eso no va a ocurrir, te lo prometo y ¿sabes por qué

estoy tan seguro de eso? Pues porque un scout jamás abandona a su colega, nunca... —Sonrió—. Ésa

es la primera norma, ¿recuerdas?

Jessica se pegó al cuerpo de Gabriel apoyando la cara en el hueco de su hombro.

No le bastó nada más. En ese preciso instante, lo tuvo claro: había tomado una decisión.

## 6

### **Mi ángel**

A la mañana siguiente Gabriel acompañó a primerísima hora a Jessica a la consulta del doctor Etmunt,

en el Bellevue Hospital Center. Según palabras textuales de la joven, debía realizarse unas pruebas

rutinarias.

Antes de entrar, ella le dio un beso casto en los labios y lo miró reclamando comprensión.

—Anoche te pedí tres días.

Él cruzó los brazos.

—Y te dije que esperaré el tiempo que haga falta, siempre y cuando recuperes la confianza en mí.

Jessica abrió la boca para responderle, pero en seguida la volvió a cerrar. En aquel momento no se

sentía con ganas ni con fuerzas para rebatir su postura.

La voz de la enfermera reclamando la presencia de ella interrumpió aquel duelo de miradas.

Ladeó la cabeza, buscando de dónde provenía la voz.

—Soy la señorita Orson —afirmó alzando el dedo índice—. En seguida voy, deme sólo un minuto.

Jessica retomó la mirada de Gabriel para, poco después, insistir:

—Tres días. Necesito que me des tres días.

Gabriel suspiró y le acarició la mejilla con el pulgar.

—Claro, Jess... te daré todo lo que me pidas.

—Gracias.

Dio media vuelta y él la siguió con la mirada hasta verla entrar en la consulta.

Al poco, cuando se disponía a sentarse en el banco a esperar, una voz que le resultaba familiar

llamó su atención. Se trataba de Jason, el padre de Natalie. Deambulaba taciturno, con un vaso de

plástico entre las manos.

Gabriel caminó hacia él. Necesitaba saber del estado de su pequeña.

Al llegar a su lado, éste pareció no reconocerlo.

—Soy el chico del otro día de la cafetería.

Jason pestañeó dubitativo y, sin caer aún en la cuenta, buscó una papelería con la mirada para

depositar el vaso y los restos de café que no se había tomado.

Al regresar a su lado, tuvo que verse obligado a escrutarlo con la mirada, hasta que al fin logró

recordarlo.

—¿Gabriel... verdad? —tartamudeó ligeramente.

—El mismo. —Se rascó la cabeza.

—Perdona. Ando un poco zombi... no he pegado ojo en toda la jodida

noche... —Su voz ronca se

quebraba por momentos al tiempo que desviaba la mirada al suelo—. Natalie ha empeorado en las

últimas horas...

Gabriel se quedó mudo, sin saber qué decir.

—Al final el sueño de ver a su madre biológica por última vez, por desgracia, no se verá

cumplido...

La congoja le impedía continuar hablando. Se quitó las gafas y, con las manos temblorosas, fue

secando las lágrimas que surcaban las comisuras de sus ojos.

—Lo siento, Jason.

Gabriel colocó la mano en su hombro y luego lo frotó, aunque no hubiera consuelo que pudiera

mitigar aquel sufrimiento.

Éste alzó la cabeza y, con una mirada abatida, pronunció en un ronco y trémulo susurro:

—El cielo reclama a mi pequeño ángel... Es hora de dejarla partir...

Aquellas palabras entristecieron el alma a Gabriel. Conocía perfectamente aquel desgarrador

sentimiento de pérdida. Aún le pesaba. Pese a estar más recuperada, Jessica continuaba en la cuerda

floja.

Jason trató de aparentar serenidad pero, poco a poco, notó cómo todo su mundo se derrumbaba

bajo sus pies, rompiendo a llorar con desesperación. Estaba perdiendo a su hija, nunca la volvería a

ver; jamás la podría besar, acariciar, mantener una conversación... verla crecer, enamorarse... no le

haría abuelo. En aquellos instantes, su vida dejó de tener sentido.

Gabriel ni se lo pensó: dio un par de pasos para abrazarlo y consolarlo en silencio.

Jason sollozó cubriéndose la cara con las manos. Era incapaz de parar de llorar.

—¿Qué será de mí sin mi ángel? ¿Qué será de mí?

Desgraciadamente, Gabriel no tenía respuestas.

Se sintió insignificante, igual que una diminuta gota en medio de la inmensidad del océano.

\*\*\*

—Olivier, por favor. Confírmame que todo está bien —se apresuró a decir con un evidente deje de

preocupación en sus palabras.

Él miró el monitor al tiempo que la doctora Fox proseguía con la exploración ginecológica.

—Relájate, Jessica. —Le sujetó de la mano—. Pronto acabará.

Suspiró mientras mantenía la mirada clavada en el techo.

Pedirle que se relajara, cuando toda ella no era más que un manojo de

nervios, era una utopía. Los

resultados de la prueba, sin duda, sentenciarían su futuro, el de Gabriel y el del bebé.

Inspiró hondo mientras hurgaban sin miramiento en su interior. Cerró los ojos, deseando que

aquello acabara cuanto antes.

Instantes después, ambos doctores intercambiaron las miradas.

Olivier Etmunt sonrió.

—Jessica, ya hemos terminado.

Ella abrió los ojos en el acto.

—¿Y bien?

Un brillo especial se reflejó en su mirada.

—Tu bebé y tú estáis perfectamente.

Jessica se lo quedó mirando un solo momento antes de cubrirse los ojos con las manos y romper a

llorar, de felicidad. Olivier la abrazó con ternura.

—Ya pasó todo. Ambos estáis bien, así que aprovecha el regalo que la vida te ha brindado.

—Así lo haré —afirmó sin dejar de hipar.

—Eres toda una superviviente.

Ella asintió.

—Considérate afortunada por tener a un buen hombre a tu lado, que te

respeto y daría cuanto tiene

por no perderte de nuevo. —Sus palabras eran cálidas pero a la vez firmes—. No tardes en decirle que

será padre, no le prives de que pueda experimentar ese maravilloso sentimiento.

\*\*\*

Mientras Jason agradecía el acto compasivo de Gabriel, un par de enfermeras pasaron corriendo

por su lado como una exhalación en dirección a la habitación de Natalie.

—¡La pequeña acaba de entrar en parada cardiorrespiratoria! —farfulló una de ellas.

La otra, justo antes de cruzar la puerta, se santificó y luego añadió:

—Que el Señor se apiade de ella...

Cuando Jason oyó aquel revuelo que provenía de la habitación de su hija, un mal presentimiento se

apoderó de su ser, resquebrajando su ya maltrecha alma.

Con el corazón desbocado y saliéndosele por la boca, corrió tan veloz como sus piernas le

permitieron. El corto recorrido se le hizo eterno y, cuando al fin llegó, hubiera preferido no tener que gravar aquella imagen en la retina para el resto de su existencia.

El menudo cuerpo de la pequeña Natalie yacía inerte sobre la cama. Al estar en fase terminal ni

siquiera trataron de realizar las maniobras de reanimación cardiopulmonar.



El personal médico, tras comprobar la falta de constantes vitales en la pantalla del monitor,

desconectó a Natalie del electrocardiograma; ya nada se podía hacer por su vida.

Se hicieron a un lado para que su padre pudiera despedirse a solas.

Jason arrastró los pies sin apenas fuerzas, acercándose a ella para contemplarla, una última vez

más.

Sus mejillas, de piel nívea, ya no mostraban aquel sutil tono sonrosado.

Sus labios ya habían dejado de sonreírle.

Y sus preciosos ojos, de aquel brillo intenso... ya se habían cerrado para siempre.

Sujetó con extremo cuidado una de sus manos, como si temiera que, al hacerlo, éstas se redujeran

a polvo.

Desolado, dejó caer su cuerpo, clavando las rodillas al suelo.

«Mi ángel... mi dulce y frágil ángel...»

## Renacer

Jessica se encontraba frente al espejo. Inmortalizaba la imagen que le devolvía su retina.

Sin duda, el acto que había decidido llevar a cabo marcaría un antes y un después en su vida.

Pasó la mano por su larga melena azabache, tratando de memorizar el tacto sedoso y la delicada

fragancia que desprendía recién lavado.

«Necesito hacerlo...»

Cerró los ojos con fuerza y, cuando los volvió a abrir, dejaron de temblarle las piernas.

Inspiró hondo, mirando de nuevo al frente, sin pestañear.

Sujetando un mechón de cabello entre sus dedos, se armó de valor y cogió las tijeras que tenía

reservadas, aquellas cuyas afiladas hojas de acero eran capaces de cortar la carne como simple

mantequilla.

Después, con pulso firme, cortó el pelo de un único movimiento de tijeras.

Sin titubear, repitió la misma operación con el resto de melena.

Al acabar, puso en marcha la maquinilla eléctrica y empezó a deslizar lentamente el cabezal por el

contorno de su cabeza, en el sentido del crecimiento del cabello.

Minutos más tarde, toda su melena yacía esparcida en el suelo.

Pasó la palma de su mano por la cabeza, notando una sensación extraña. Toda su vida, o al menos

desde que recordaba, había lucido su larga melena. Sin embargo, se sentía liberada.

Alzó el mentón con orgullo y pronunció estas palabras:

—Soy una superviviente... —Trató de sonreír—. Porque, cada día que sigo con vida, es una

batalla vencida. Porque mi único objetivo es ganar, de una vez por todas, esta guerra.

## 8

### Sentir

Mientras preparaba un delicioso asado, Jessica Orson esperaba la llegada de Gabriel degustando un

exquisito vino tinto reserva de 2000.

Echó un último vistazo al reloj de pared y después giró el mando del horno para apagarlo. La

propia temperatura lo mantendría caliente. Gabriel estaba al caer.

Y, dicho y hecho, poco después ya estaba entrando en el apartamento y desprendiéndose del

calzado, la corbata y la americana.

—¡Humm! —Olfateó abriendo las aletas de su nariz instantes antes de entrar en la cocina—. Huele

de maravilla...

—He pensado que estarías hambriento, después de una dura jornada de trabajo —dijo melosa

ofreciéndole una copa de vino.

—Jess... no deberías beber mientras te estés medicánd...

Gabriel no acabó la frase, quedándose con la palabra en la boca al percatarse de su nuevo cambio

de imagen. Lo había pillado completamente por sorpresa.

Jessica lo observó con atención, necesitaba conocer cuál sería su inmediata

reacción. Sabía que

Gabriel le sería franco, no la engañaría.

—¡Estás preciosa!

Sus ojos no mentían.

—Celebro que te guste, porque tendrás que acostumbrarte de ahora en adelante a verme con este

aspecto.

—¿Que si me gusta? —Sonrió negando con la cabeza.

Dio un par de pasos y se colocó a escasos centímetros de su cuerpo.

—Sigues siendo la mujer más atractiva y sexi que he conocido nunca. —Le quitó la copa de las

manos y la dejó sobre el mármol—. Sigues siendo tú, Jess... sigues siendo la misma.

Gabriel atrapó su cara entre sus manos.

—En lo primero que me fijé fue en tu exótica belleza, me enloqueciste como si fuera un vulgar

adolescente. Anhelaba besarte, acariciarte... follarte hasta hacerte perder la cordura. —Sonrió de

forma pícara—. Luego permitiste que conociera tu interior y, entonces, me enamoré perdidamente de

ti...

—Gabriel...

—Shhh, déjame acabar... —la interrumpió mirándola profundamente a los

ojos—. Y... ahora te

amo. Jamás he sentido nada parecido por nadie... Haría cualquier cosa por ti, absolutamente todo. Si

podiera cambiarme por ti, lo haría. No soporto ver cómo día tras día la enfermedad me separa un poco

más de tu lado. No soporto que estemos distanciados. Te echo tanto de menos. Echo de menos cada

uno de tus besos, el dormir abrazado a tu cuerpo, el robarte mil sonrisas, pero sobre todo... hacerte el

amor.

Jessica pretendía abrir la boca para responderle instantes antes de que Gabriel diera un último

paso, se pegara a su cuerpo y pronunciara con voz ronca:

—Necesito sentirte... ahora.

Resiguió con suavidad cada rasgo de su rostro, deleitándose. Primero, las cejas; luego la nariz...

las mejillas y, al llegar al contorno de sus labios, se detuvo.

—He llegado a pensar que te habías cansado de mí y que habías dejado de quererme...

Los ojos de él empezaron a humedecerse sin previo aviso.

—Los tres meses que estuviste alejada de mi lado sentí estar muerto en vida. No era capaz de

arrancarte de mis pensamientos, ni siquiera de continuar con mi vida, si no era junto a la tuya.

Gabriel desvió la mirada hacia sus labios y añadió entre susurros desesperados:

—En estos tres últimos días he creído volverme loco. He llegado a pensar que te volvía a perder,

pero esta vez para siempre...

El corazón de él corría como un caballo desbocado.

—Gabriel... —murmuró acariciándole la mandíbula muy despacio, para tranquilizarlo.

Cuando Jessica le miró a los ojos, vio temor en ellos.

Le dolía verlo tan vulnerable.

—Escúchame bien —le pidió con firmeza para poco después proseguir—: No me vas a perder.

Jamás.

Y, como por arte de magia, Gabriel sintió cómo todos sus temores empezaron a desvanecerse

lentamente.

—Ven conmigo.

Tomándolo de la mano, lo guió hacia el dormitorio.

Al abrir la puerta, Gabriel estiró de su brazo obligándola a chocar contra su cuerpo.

Y, mirándola con fervor a los ojos, le susurró pegando sus labios a los suyos:

—Te quiero, Jessica Orson, y te amaré siempre.

Cogiéndola por sorpresa, atrapó su boca y la abrió con la suya; buscó con

desesperación su lengua,

entrelazándolas entre sí.

Después la cogió en brazos y, tras caminar con ella a cuestas, la tendió sobre las delicadas sábanas

de la cama.

Se entretuvo lo indispensable para desnudarse y colocarse poco después a su lado.

Sin dejar de mirarla a los ojos, empezó a desvestirla.

—Déjame amarte... necesito amarte...

La mano de él vagó por su cuerpo, deslizándola desde la clavícula hasta su vientre, con extrema

ternura.

Jessica se estremeció.

Y, enredando los dedos en su pelo, ronroneó:

—Soy tuya, Gabriel —Sonrió—. Para siempre.



## 9

### Solos tú y yo

La letra de la canción *What goes around... Comes around*, de Justin Timberlake, se mezclaba con el

sonido del agua de la ducha al caer.

Jessica Orson bañaba su cuerpo desnudo mientras dejaba caer un hilo de jabón de esencia de rosas

sobre la esponja.

Se había despertado de buen humor. Era la primera mañana en días que no vomitaba nada más

levantarse y eso era de agradecer. Además, tenía una sonrisa bobalicona en su rostro debido a la

maratoniana noche de sexo que había gozado junto a Gabriel, quien al parecer aún dormitaba como un

niño.

Al acabar de bañarse, alargó la mano a tientas, tratando de dar alcance a la toalla para secarse con

ésta, cuando, de pronto, alguien se pegó como una lapa a su espalda, como una segunda piel.

—¿A dónde te crees que vas? —preguntó Gabriel con voz grave y muy varonil mientras clavaba su

miembro erecto entre las prietas nalgas de ella—. Señorita Orson, que sepa que aún no he acabado con

usted y que pienso cobrarle todos y cada uno de los polvos que me ha estado negando estos días.

Jessica se rió, divertida.

—¿Habla en serio, señor Gómez?

—Muy en serio. —Le frotó el pene deliberadamente.

—Pues, entonces, tendrá que someterme... Le recuerdo que no soy una chica fácil.

Se dio la vuelta con la intención de salir de la ducha cuando Gabriel la sorprendió, preso de su

propia desesperación, la empujó contra la pared y la aprisionó entre la resbaladiza superficie de los

azulejos y la fogosidad candente de su cuerpo.

Eliminando cualquier capacidad de reacción, la sujetó de ambas muñecas con firmeza, para poco

después colocárselas por encima de la cabeza de un solo movimiento.

—Y yo le recuerdo que, cuando me la pone tan dura, no atiende a razones y mi único pensamiento

es follarla.

Gabriel la miró antes de besarla con fervor y extrema posesión, saboreando con su caliente y

húmeda lengua todos los recovecos de su boca.

Cuando paró de besarla, los labios hinchidos y rojos como rubíes de ella sólo reclamaban ser

saqueados de nuevo y de aquella misma forma.

—¿A qué esperas? —Jessica acercó la pelvis a su pene, tentándolo, provocándolo con la boca—.

Vamos, fóllame, lo estás deseando... tanto o más que yo.

Gabriel, torció el labio sonriendo de forma pícara.

—Como siempre... la paciencia no es una de sus virtudes, ¿me equivoco, señorita Orson?

—Cuando se trata de sexo, nunca.

Sin previo aviso, Gabriel le alzó la barbilla para lamer lentamente el largo de su cuello.

Ella aprovechó para liberarse de una mano y sujetarse a su nuca.

—Estate quieta —le ordenó mientras gozaba de su cuerpo, lamiéndolo perezosamente, desde sus

turgentes y redondos pechos hasta el vientre, para poco después anclar las rodillas en el suelo. Y,

alzando la mirada, añadió—: Coloca una pierna sobre mi hombro.

Observándolo desde lo alto, ella hizo lo que le pidió.

La imagen que vio provocó que su corazón se saltara un latido.

Sin duda, Gabriel era con diferencia el hombre más sexi y varonil que había conocido nunca. Con

aquellos ojos rasgados y llameantes, de un verde tan vivo que parecían dos preciosas esmeraldas. Solo

él era capaz de conseguir lo que otros no habían logrado jamás: excitarla sin siquiera tocarla.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, cuando él empezó a dibujar un

sendero de besos cortos

desde la cara interior de los muslos a su sexo.

Tras pegar un lengüetazo a su vulva, abrió la boca, soltando un gemido cuando éste atrapó su

clítoris con los dientes.

—¡Gabriel! —exhaló retorciéndose y agitando las caderas—. Un día de estos conseguirás que

pierda la cabeza...

—Así es como me siento cada vez que estoy contigo... me aturdes los sentidos y me vuelves

completamente loco.

Por lo visto, Gabriel se había propuesto torturarla. Cada vez que parecía que Jessica estaba al

borde del orgasmo, él se apartaba, dejándola con la miel en los labios. Era agotador...

—Gabriel... Déjame llegar de una vez, ¡por el amor de Dios!

Gabriel dejó de masturbarla, se incorporó y acercó su cara a la suya para susurrarle:

—Pronto...

Le acarició los pechos, pellizcando y tirando de los pezones, al tiempo que llevó el pulgar a su

boca para que ella lo chupara con deleite.

Él tragó saliva. Jessica era una virtuosa en el arte amatorio: experta, decidida... desinhibida. Todo

cuanto un hombre podía desear.

Agarró su miembro con una mano y acercó el sonrosado glande al orificio de su vagina. Lo frotó y

estimuló antes de deslizarlo con cuidado en su interior, envolviéndose de su humedad.

Clavó los dedos en sus glúteos y la elevó del suelo instantes antes de que ella le rodeara las

caderas con las piernas y él comenzara con las fuertes y profundas embestidas, con una destreza

pasmosa, dentro y fuera.

El ritmo empezó a acrecentarse de forma vertiginosa. Los jadeos desenfrenados y los gemidos

furtivos se ahogaban en ardorosos besos cargados de erotismo.

Cuando notó que Gabriel apretaba la mandíbula y fruncía el ceño con fuerza, supo que estaba muy

cerca, por lo que contrajo los músculos de su vagina ejerciendo una mayor fricción sobre la

envergadura de su miembro viril.

Gabriel soltó un gruñido, ronco, profundo... gutural, emergente de lo más profundo de su garganta.

Susurraba su nombre y le decía lo hermosa que era. Jessica no se quedó atrás, gritó, se retorció y gozó como una posesa. Dejándose arrastrar, a su vez, por una deliciosa espiral de sensaciones que nacían en

su vientre y se expandían por todas las terminaciones de su cuerpo, explotando, al fin, en un

maravilloso torrente de placer.

Al acabar, Gabriel la dejó en el suelo con sumo cuidado. Abrió el grifo de la ducha y le tendió la

mano, invitándola a su lado.

Ella accedió, encantada.

Gabriel la abrazó por la espalda y permanecieron así, bajo el chorro de agua, durante un largo rato

en el que él le recordaba cuánto la amaba mientras le regalaba palabras bonitas al oído.

## 10

### Daniela

En ocasiones, después del almuerzo y de su habitual ración de sexo, acostumbraba a vencerlos el

agotamiento y se quedaban dormidos, abrazados y desnudos sobre las sábanas. Ella solía apoyar la

mejilla sobre su torso, relajándose con el melodioso ronroneo de su profunda respiración, al tiempo

que Gabriel la rodeaba con sus fuertes brazos.

Jessica abrió los ojos. Una llamada la había despertado de su dulce y tranquilo letargo.

Ladeando la cabeza, observó a Gabriel, quien dormía plácidamente.

Sus labios se curvaron en una pícara sonrisa, tras sellar su boca con la suya y descubrir que su pelo

y cada poro de su piel olían a sexo de reconciliación; a un memorable y salvaje sexo de reconciliación.

Y, aunque reconoció haberse sentido tentada, logró mantener a raya el inconmensurable impulso

de despertarlo, para clamar más, mucho más, sexo.

De nuevo, la insistente melodía telefónica se oyó proveniente del salón.

Jessica puso los pies en el suelo y cubrió su cuerpo únicamente por una bata de tul negro

semitransparente. Mientras caminaba hacia allí, acabó de anudar el cinturón

que rodeaba su estrecha  
cinturilla.

Al coger su iPhone, se quedó pensativa al leer el nombre de Daniela  
parpadeando en la pequeña  
pantalla.

Echó una ojeada al reloj de pared, hizo un rápido cálculo mental y, teniendo  
en cuenta la diferencia

horaria, pensó que su hija, a esas horas, debía de estar de camino a la  
facultad.

Respondió al instante, algo preocupada:

—Daniela, ¿qué ocurre, cielo?

—Hola mamá... —Su voz sonó apesadumbrada—. Siento molestarte...

—Por favor, ¿cómo puedes siquiera pensar eso? —la reprendió—. Siempre  
estaré para cuando me

necesites, mi vida. Lo que sea...

Daniela respiró profundamente y Jessica empezó a preocuparse.

—¿Estás sola?

Jessica se apoyó en el borde de la mesa cambiando el teléfono de mano. En  
seguida se dio cuenta

de que algo no iba bien.

—Sí. Estoy sola. Él se ha ido.

La voz de Daniela cada vez se escuchaba más lóbrega.



—¿Habéis discutido?

—Sí —respondió esta vez sin titubear—. Mamá... creo que me está engañando con otra mujer.

Jessica se quedó muda unos segundos y luego le preguntó con suavidad:

—¿Qué te lo hace sospechar?

Daniela enredó el dedo en el cable telefónico y, tras inspirar hondo en un par de ocasiones, le

respondió:

—Hace varios días que su actitud es algo distante, llega tarde y, cuando le pregunto, se molesta.

Me asegura que se debe a un par de proyectos que le están absorbiendo por completo...

—Cariño —la interrumpió antes de que extrajera conjeturas fuera de lugar—. Los hombres son

así, tienen el carácter variable, ahora están contentos y, al momento, cabreados... Yo, de ti, le daría

sólo la importancia que se merece.

—Pero...

—Hazme caso, yo no me preocuparía y menos en tu estado. Tal vez esté tratando de asimilar los

recientes cambios que ha sufrido su vida: la próxima paternidad...

—¡Mamá...! —Ahora fue ella quien la interrumpió—. Se llama Vanesa.

—¿Qué?

Jessica quedó boquiabierta y su expresión cambió al momento.

—Los sorprendí en actitud cariñosa hace un par de tardes en una cafetería del centro. Él estaba tan

concentrado en su compañía femenina que ni siquiera se dio cuenta de que yo estaba allí.

—Define «actitud cariñosa».

—Miradas cómplices, palabras al oído... acercamientos... roces.

«¡Lo mato!», Jessica pensó para sus adentros.

Tuvo que hacer un sobreesfuerzo para no escupir todo lo que pensaba en aquel instante de aquel

sinvergüenza. Daniela estaba encinta y lo mejor era suavizar los hechos.

—Cariño, escucha lo que voy a decirte como un sabio consejo. —Jessica se sentó en una de las

sillas que presidía la mesa—. No tomes una decisión precipitada antes de estar completamente segura.

Abre bien los ojos y, si es infiel, desenmáscalo. Yo te ayudaré en todo lo que pueda, aunque sea

desde la distancia. Llámame siempre que lo necesites, a cualquier hora, quiero saber que estarás bien.

—Gracias, mamá —añadió en voz baja, reprimiendo las ganas de llorar—. Ojalá te tuviera más

cerca.

En aquel preciso instante, Gabriel caminó hacia ella; acababa de levantarse. Se inclinó acercando

los labios a su cuello.

—Buenos días, preciosa —ronroneó acariciándole la piel con la punta de la nariz.

Jessica se volvió hacia él.

—Cariño, dame un segundo —le pidió alzando el dedo índice.

Él dejó de jugar de inmediato interesándose por la llamada.

—Es Daniela —susurró tapando el auricular y besándole en los labios.

Gabriel, tras asentir con la cabeza, la dejó a solas y entró en la cocina para prepararse algo de

desayunar, tenía un hambre voraz; el tipo de sexo que acostumbraban a compartir solía dejarlo

extenuado.

Poco después, madre e hija concluyeron la conversación. Dejó el teléfono sobre la mesa y empezó

a andar pensativa hacia la cocina. Al acercarse a Gabriel, vio que éste devoraba con ansia un plato

combinado con tres salchichas de frankfurt y un par de huevos fritos.

Ella enarcó una ceja, animada.

—¿Todo eso te vas a comer?

—¿Quieres? —le preguntó con la boca llena.

Jessica puso los ojos en blanco.

—¿No te han enseñado que no se debe hablar con la boca llena?

Gabriel se echó a reír. Cortó un generoso trozo de pan, lo mojó en la espesa yema del huevo y, al

engullirlo, se chupó los cuatro dedos ruidosamente.

—¡Dios! —Arrugó la nariz con cara de asco—. De verdad que, cuando te propones ser un cerdo,

no hay quien te gane...

—Ja, ja, ja... Te aseguro que estoy disfrutando como un enano.

—No hace falta que me lo jures. —Sonrió y abrió la puerta de la nevera para coger varias piezas

de fruta y prepararse un zumo.

—Por cierto —Bebió a morro de la cerveza—. ¿Va todo bien con Daniela y mi amigo Eric?

Jessica se giró. El refinado olfato sabueso de Gabriel no dejaba de sorprenderla.

—Cree que la engaña.

—El muy cabronazo... —Tamborileó la superficie de la mesa poco antes de apartar el plato con

hastío. Pensar en Eric follándose a otra teniendo a Daniela embarazada y enamorada le quitó el apetito

de golpe.

—Tranquilízate, Gabriel —le recomendó.

Ella se acercó y se sentó sobre sus piernas.

—Mi hija es una chica lista, pronto lo averiguará. Y si es lo que nos tememos, la apoyaremos y la

ayudaremos en todo cuanto podamos.

Jessica enredó los dedos en su pelo y Gabriel la miró a los ojos.

—De acuerdo, por ti y por Daniela, concederé a ese capullo el beneficio de la duda. Pero, como se

la haya jugado...

—Shhhh —lo silenció sellando los labios con su dedo.

Jessica se deshizo el nudo del cinturón, se abrió la bata y la dejó caer de sus hombros para

quedarse completamente desnuda ante sus ojos.

—Olvídate de Eric... y dedica todos tus esfuerzos en follarme como me merezco.

# 11

## Todo de mí ama todo de ti

Llegó el fin de semana y, con éste, finalizaban los tres días de plazo que Jessica había pedido a

Gabriel.

Al anochecer ella le solicitó una última cosa: que se vistiera con el mismo esmoquin negro del

acto benéfico de Las Vegas. Según le explicó, debían cerrar un acuerdo con una de las constructoras

más importantes e influyentes de toda la Costa Este.

Gabriel, sin opción de réplica, aceptó a regañadientes. Seguía sintiéndose ridículo con aquella

indumentaria. Sin embargo, el malhumor se desvaneció en fracción de segundos cuando vio aparecer a

Jessica ataviada con el mismo vestido de cóctel en seda de color champagne y de escote corazón,

entallado con descaro en cada una de sus perfectas curvas.

La sonrisa de Gabriel iluminó toda su cara.

—Sin duda merece la pena disfrazarme de pingüino... —Tragó saliva costosamente acercándose a

ella—. Estás espectacular... ¿por qué no nos quedamos aquí y que sea otro el que cierre el contrato?

Dudo mucho que nos echen en falta.

Gabriel rodeó su cintura con los brazos y la besó en los labios.

—No podemos. Una de las condiciones del contrato es que sea yo quien lo cierre. —Apoyó la

palma sobre su pecho y se apartó sólo un poco. Sus ojos vagaron de su cara al cuello de la camisa y

sonrió negando con la cabeza—. ¿Problemas con la pajarita, señor Gómez?

Él abrió los brazos y los dejó caer.

—Soy un desastre, ya me conoce, señorita Orson. —Se rascó la cabeza.

En apenas unos segundos, Jessica anudó la pajarita sin problemas.

Había ido adquiriendo aquella destreza en los diez años de matrimonio que mantuvo con Robert

Andrews. Y, aunque su exmarido dominaba a la perfección la técnica, disfrutaba enormemente de la

proximidad de ella mientras se la anudaba.

—Listo.

Jessica lo miró de arriba abajo y luego añadió:

—Estás muy atractivo y muy sexi...

—No es más que el reflejo del amor que siento por ti.

Gabriel se acercó para demostrárselo con un dulce beso en los labios.

Ella sonrió.

—Debemos irnos antes de que me hagas cambiar de idea y llame para anular la cena.

—Puedo ser más insistente.

La agarró con firmeza de la nuca y la besó, esta vez con posesión.

Al acabar, Jessica tuvo que abrir la boca para recuperar el aliento.

—Prometo compensarte cuando regresemos esta madrugada.

—Te tomo la palabra —sonrió victorioso.

Animados, no dejaron de conversar en todo el trayecto en taxi, desde el apartamento en la calle

57th de Park Avenue al complejo de diecinueve edificios comerciales situado en Midtown Manhattan,

entre la Quinta y la Sexta Avenida.

Gabriel miró a Jessica sorprendido cuando se apearon del vehículo y entraron en Rockefeller

Center.

—¿Aquí cenaremos?

—Ajá —asintió cogiéndose de su brazo—. La reunión es en la planta 67 del edificio.

Él soltó un silbido.

—Estoy convencido de que será una cena inolvidable teniendo la ciudad de Manhattan a nuestros

pies.

Jessica sonrió guardando silencio. No le cabía la menor duda de que sería una velada inolvidable.

El ascensor los llevó hasta la Gran habitación panorámica; un espacio de tres



alturas con vistas

sobre la plaza.

—¿Es aquí?

—En una de las terrazas.

Jessica le cogió de la mano, guiándolo hacia allí.

A esas horas, el edificio permanecía cerrado al público y únicamente era posible reservarlo para

eventos exclusivos y privados.

—¿Recuerdas que me prometiste una visita guiada al Rockefeller Center antes de saber que estaba

enferma?

Gabriel hizo memoria.

—Sí.

—Pues... ha llegado ese día.

Ambos subieron unas escaleras y, al llegar al último escalón, Jessica le enseñó un pañuelo de seda

negro, el mismo que él utilizó en su mansión la primera noche que durmieron juntos.

—Quiero mostrarte algo, pero antes necesito taparte los ojos.

Él sonrió intrigado.

—Lo que quieras, mi vida, ya lo sabes.

Se puso de puntillas y, tras colocarle el pañuelo alrededor de la cabeza, le

volvió a coger de la

mano para guiarlo hasta el lugar deseado.

—¿No vamos a cenar con los socios de una importante compañía, verdad?

—No.

Gabriel caminaba a tientas, con pasos cortos pero seguros.

—No es tu cumpleaños, ni el mío tampoco.

—No, no lo son.

Jessica se detuvo y Gabriel llevó la mano al pañuelo para quitárselo.

—No, aún no —se apresuró a decir apartándole la mano—. Primero quiero que me escuches.

—Claro.

Gabriel tragó saliva, la incertidumbre le estaba matando.

—Hoy hace cinco meses que cambiaste mi perfecta vida imperfecta. La llenaste de contrastes, de

colores y de magia.

La voz de Jessica empezó a perder intensidad. La culpable era la emoción, la cual tomaba relevo a

la habitual seguridad que la caracterizaba. Porque, inevitablemente, cuando se trataba de Gabriel, todo adquiría un cariz muy diferente.

—Me regalaste mil sonrisas, me enseñaste a valorarme y me devolviste las ganas por devorar la

vida, a apreciar las cosas que nos ofrece sin esperar nada a cambio. Me has salvado de todas las

maneras que se puede salvar a una persona... Me has animado a luchar, a no rendirme... y me has

hecho sentir... volver a amar de forma incondicional...

Jessica tuvo que esperar unos instantes y respirar profundamente. Tenía los ojos cubiertos de

lágrimas y le costaba horrores seguir hablando.

Él, por su parte, hacía rato que notaba un ligero tembleque en su rodilla derecha.

Por su mente vagaron con rapidez diversas suposiciones, entre ellas, que la enfermedad había

avanzado y recuperado protagonismo, y que aquélla era la forma que Jessica tenía de despedirse.

Gabriel empezó a angustiarse y, sin poder aguantarlo más, se arrancó el pañuelo y, cuando la iba a

abrazar, miró a su alrededor, no estaban a solas.

Parpadeó varias veces, se había quedado sin habla.

Ante sus ojos, presidía la terraza un elegantísimo Steinway de cola completa de un color negro

muy brillante, con la tapa bajada y cubierta por decenas de pétalos de rosas rojas.

Miles de lucecitas blancas formaban una improvisada pérgola y, como telón de fondo, las formas

geométricas del Empire State Building.

Jessica lo miraba sonriente y emocionada a partes iguales.

John Legend hizo un gesto con la cabeza a Lindsey Stirling, quien, colocando el violín sobre su

hombro izquierdo, realizó una pinza entre la cabeza y éste.

Pronto, las primeras notas de la canción All of me empezaron a envolver el ambiente.

Jessica le rodeó el cuello con sus brazos y él deslizó las manos por su cintura.

—Ésta es mi forma de agradecerte todo lo que has hecho por mí.

Él la estrechó más entre sus brazos.

—Eres una caja de sorpresas, Jessica Orson.

Ella sonrió apoyando la cara en el hueco de su cuello y empezaron a bailar muy despacio.

Cause all of me

lovers all of you.

Love your curves and all your edges,

all your perfect imperfections.

(Porque todo de mí

ama todo de ti.

Ama todas tus curvas y todas tus extremidades,

ama todas tus perfectas imperfecciones.)

Give your all to me.

I'll give my all to you.

You're my end my beginning.

(Dame tu todo a mí.

Yo te daré mi todo a ti.

Tú eres mi final y principio.)

Cuando la última nota se desvaneció en el aire, los dejaron a solas y Jessica aprovechó para

mirarle a los ojos e hinchar el pecho, orgullosa de las palabras que iba a pronunciar.

—El día del lago, delante de todas las personas importantes para ti, me regalaste una alianza.

Él la miraba en silencio. Por una extraña razón, ya no temía que se tratara de una despedida.

—Me dijiste que no me pedirías matrimonio porque no crees en los convencionalismos, que no

van contigo esas cosas, pero que si...

—Si tú me lo pidieras, me sentiría muy honrado de ser tu marido...

Gabriel le acabó la frase.

—Exacto —repuso ella.

—¿Me está pidiendo matrimonio, señorita Orson? —Su tono era jocoso, algo incrédulo.

—Eso me temo. —Sonrió.

—¡Vaya! ¿Estás segura?

—Completamente —afirmó sin vacilar.

Él sonrió divertido.

—¿Seguirás queriendo ser mi mujer cuando sea calvo, barrigón y cascarrabias?

Jessica se carcajeó.

—Sí.

—Vale.

Gabriel se encogió de hombros.

—Y... ¿cuándo lo celebraremos?

—¿Te parece bien... ahora?

Él sacudió la cabeza sin dar crédito.

—Estás como una puta regadera.

—Pues sí. He aprendido del mejor —se burló.

Gabriel miró a su alrededor, estaban solos.

—El sacerdote vendrá... —miró su reloj de pulsera—... de aquí a una hora escasa. Podríamos

cenar, si te apetece. —Señaló una mesa algo más al fondo.

—Sabías que iba a aceptar, ¿verdad?

Ella sonrió con picardía mordiéndose el labio inferior.

—Al parecer lo conozco demasiado bien, señor Gómez.

Se acercaron a la mesa y él retiró la silla de forma caballerosa para ayudarla a sentarse.

Mientras él descorchaba una botella de Château Mouton Rothschild de 1982, ella repartía con

generosidad los aperitivos en cada plato.

Alzó la botella, vertió un poco del líquido en la copa de ella y después en la suya.

Sin dejar de mirarse a los ojos, las alzaron y brindaron a su salud.

Acababan de saborear los postres cuando el sacerdote acudió a la cita a la hora pactada:

exactamente a medianoche.

Se levantaron para recibirlo y éste amablemente les estrechó la mano.

—Soy el sacerdote Spencer, quien oficiará la ceremonia. Como la señorita Orson me explicó que

no habría testigos, he venido acompañado de Michael O’Kane y Elliot Stewart, ambos voluntarios en

mi parroquia.

Los dos asintieron y Jessica dio su aprobación.

Tras omitir la liturgia de la palabra y la homilía por falta de presentes, fue directo a la parte que a todos les concernía: la celebración del sacramento del matrimonio.

El sacerdote los miró a ambos y, tras una breve introducción, les formuló una pregunta:

—¿Van a casarse libremente, con el objetivo de hacerse felices mutuamente bajo los

mandamientos de Dios?

Ambos asintieron.

—En ese caso, procederé con los votos matrimoniales. Unan su mano derecha.

Gabriel cogió la mano de Jessica y le guiñó un ojo.

Ella le sonrió, cómplice.

—Gabriel Gómez Alonso, ¿quieres recibir a Jessica Orson como esposa, y prometes serle fiel en

las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad y, así, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

—Sí, quiero.

El sacerdote la miró a ella en esta ocasión.

—Jessica Orson, ¿quieres recibir a Gabriel Gómez Alonso como esposo, y prometes serle fiel en

las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad y, así, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

—Sí, quiero.

—Que el Señor, que hizo nacer entre vosotros el amor, confirme este consentimiento mutuo que

habéis manifestado ante la iglesia. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Jessica abrió la palma de su mano y ofreció una alianza de oro blanco a Gabriel.

—El señor bendiga estos anillos que vais a entregaros el uno al otro en señal de amor y fidelidad.



Repetirlo, colocando la alianza.

Gabriel hizo lo que le indicó y, deslizando lentamente la alianza en su dedo, pronunció:

—Jessica, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti y... prometo cuidarte, hacerte

reír, soñar, amarte hasta perder la cordura... ser tu jardín con enanitos.

Ella le sonrió con dulzura y poco después hizo lo mismo:

—Gabriel, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti y... prometo ser tuya para

siempre, eres mi principio... y mi fin.

—Ahora ya puede besar a la...

Gabriel, sin dejar acabar la frase, la miró intensamente a los ojos y, atrapando la cara entre sus

manos, la besó como si le fuera la vida en ello. Besándola con anhelo, revivió en su cabeza cada una

de las emociones vividas en los últimos siete cinco: El día que sus ojos la vieron por primera vez y

quedó hechizado al instante, su primer encuentro sexual en la piscina de Andrews & Smith, su primer baile en el hotel Bellagio de Las Vegas, la primera noche que durmieron juntos en la mansión, la

primera vez que le dijo que la amaba... el cumpleaños y sus tres regalos, la angustiada y desesperante

lucha por encontrarla, hallar un donante compatible... la especial noche en el lago Oscawana junto a

todas las personas que eran importantes para él...

El sacerdote esperó unos instantes pero, al ver que no se separaban por voluntad propia, carraspeó

en varias ocasiones. Cada vez con más intención.

Gabriel abrió un párpado y lo miró de reojo. Ver su expresión que ensombrecía su rostro no era

plato de buen gusto. El sacerdote había levantado una ceja y tenía una gran similitud con el capitán

Spock de Star Trek.

Se separó de Jessica, sonriendo debido al fugaz pensamiento que había cruzado su mente: hacer el

saludo vulcaniano, alzando la mano con la palma abierta, juntando los dedos y después separando el

cordial y el anular en forma de «V».

El sacerdote volvió a carraspear cerrando la Biblia, algo molesto.

—Si me disculpan, me espera un largo viaje a San Diego. —Miró a Michael O’Kane y le hizo un

gesto con la cabeza. Éste le entregó unos documentos y una pluma estilográfica—. Si me firman aquí

y aquí, la ceremonia podrá considerarse legítimamente oficial.

—Por supuesto —añadió Jessica cogiendo la pluma y garabateando su nombre en el papel.

Poco después, cedió el turno a su ya marido Gabriel. Mientras él permanecía concentrado, no pudo

evitar sentir cómo el corazón le daba un brinco, repitiendo mentalmente aquellas palabras: mi

marido...

Sonrió orgullosa. Jamás se había sentido tan orgullosa de algo en toda su vida.

Esperó a que el sacerdote y los voluntarios se despidieran para abrazarse a su cintura y apretarse

con fuerza a su cuerpo. No existía otro lugar en el mundo en el que se sintiera más protegida... sólo en

sus fuertes brazos.

Gabriel la besó en la frente.

—Y, ¿ahora qué... señora Gómez? Suena extraño.

—Suena de maravilla. —Se colgó de su cuello y lo besó en los labios—. Quiero mostrarte el

amanecer, de igual forma que tú me lo mostraste en Putnam Valley.

Él sonrió, la idea le pareció maravillosa.

—Ven.

Jessica le cogió de la mano y lo guió hacia un rincón de la terraza que quedaba algo más

resguardada del resto.

Al llegar allí, había una pequeña estancia al más puro estilo chill out. Varias alfombras cubrían el

suelo, sobre las cuales habían colocados enormes almohadones en tonos neutros, a modo de un

improvisado sofá, una mesa bajita con varias velas y una diminuta cajita, envuelta en papel de regalo.

Jessica se sentó sobre uno de los almohadones y después le tendió la mano para que la acompañara.

Prendió la mecha de las velas y, cuando Gabriel quiso coger el regalo, le dio una pequeña palmada en el dorso.

—Aún no.

—Me tienes intrigado, ¿qué es?

Ella se echó a reír descorchando una exquisita botella de Perrier-Jouët.

—Paciencia, dame sólo un par de minutos, primero degusta esta obra de arte. Deja que las

burbujas cosquilleen tu garganta...

—Lo que me pidas, jefa. Me encantan las sorpresas, ya lo sabes —añadió sorbiendo lentamente

mientras cerraba los ojos—. Es...

—Exquisito, lo sé.

Jessica dejó a un lado la copa de cristal de bohemia y alargó la mano para buscar el iPod y recrear

el ambiente con una canción que tenía reservada desde hacía tres días. Una canción que había oído

tararear a Gabriel en más de una ocasión, Devuélveme la vida, interpretada por Antonio Orozco y

Malú:

Pido perdón, por no haber escuchado tus ruegos.

Pido perdón, por las lágrimas que hablan de mí,

pido perdón, por tus noches a solas,

pido perdón, por sufrir en silencio por ti.

Te pido perdón, a sabiendas de que no los concedas.

Te pido perdón, de la única forma que sé.

Devuélveme la vida, devuélveme la vida,

recoge la ilusión que un día arrancó tu corazón,

y ahora... devuélveme la vida [...]

Gabriel se dio cuenta de que había llegado el momento, de que el plazo de los tres días había

expirado. Tragó saliva y dejó la copa junto a la de Jessica.

—Soy todo oídos.

Le acarició con dulzura su mejilla con el pulgar, animándola a desnudar su alma.

—Gabriel. Ante todo, quiero pedirte perdón, por haberte apartado de mi vida estos días. Por no

haberte hecho partícipe de mi angustia y de mis temores... He de aprender a confiar más en ti.

Jessica inspiró hondamente.

—Me he dado cuenta de que no sólo te necesito, sino que quiero compartir mi vida junto a ti a

todos los niveles: para lo bueno y para lo malo...

—Claro que sí, eso nunca lo dudes, estaré siempre a tu lado... Apoyándote, aunque estés

equivocada, y juntos buscaremos una solución. Formamos un buen equipo.  
—Le guiñó el ojo.

Gabriel le robó una sonrisa y Jessica le pidió que tendiera la mano.

—Ábrela.

Ella le colocó la liviana cajita en la palma de la mano y él la sacudió cerca del oído.

—Al parecer no son las llaves de una moto nueva.

—Va a ser que no.

Ella sonrió, deseosa de que la abriera lo antes posible para ver la expresión de su cara.

Tiró del perfecto lazo rojo que la rodeaba y, antes de abrir la tapa, la miró.  
Jessica no dejaba de

mordisquear su labio inferior, muy nerviosa.

—Espera... —solicitó Jessica cubriendo la mano con la suya.

Jessica lo besó, diciéndole que lo amaba.

—Ahora, ya puedes abrirla.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Ella entrelazó sus manos y cubrió la boca con éstas, a la expectativa.

El corazón le iba a mil y notaba cómo su pulso se le aceleraba por momentos.

Gabriel levantó la tapa. En su interior había unos pequeñísimos patucos de croquet en hilo de color

blanco tejidos a mano.

Por un instante se quedó paralizado, no supo reaccionar.

Los cogió con las manos temblorosas y los colocó sobre su palma.

—¡Joder, Jess...!

Pasó por todos los estados de ánimo, desde la sorpresa al más absoluto júbilo.

Parpadeó y alzó la vista, perdiéndose en el intenso azul zafiro de sus ojos.

—¿Esto es lo que se supone que significa?

Jessica asintió notando un doloroso pero placentero nudo en la garganta.

—Vas a ser papá... Gabriel Gómez Alonso y... nuestro bebé va a tener el mejor padre del mundo.

Gabriel no la dejó acabar de hablar, tiró de su muñeca y la cobijó entre sus brazos.

—Y tú la más preciosa y sexi de las madres... Te quiero, Jessica Orson.

—Yo también te quiero.

Sin duda, aquello era la culminación de su historia de amor, un amor que en muchas ocasiones

había pendido de un hilo. Desgarrador, pasional, sensual... pero, ante todo, lleno de esperanzas.

Epílogo

A la mañana siguiente, Jessica abrió los ojos y, tras sentarse en la cama, estiró los brazos y luego se cubrió la boca con la mano, para acallar un bostezo.

Un envolvente aroma a café se filtró por sus orificios nasales, atrayéndola a la cocina.

Se cubrió con la bata y caminó hacia allí.

Jessica se acercó a Gabriel y lo abrazó por la espalda.

—Buenos días.

—Buenos días, mami...

Gabriel se giró para robarle un beso y posar la mano en su vientre.

—Tengo unas ganas locas de conocerla —dijo sonriente.

Ella arrugó la nariz.

—¿A ella?

—A ella —afirmó rotundamente—. Será... ella, no me preguntes por qué, simplemente, lo sé.

Gabriel apagó la cafetera y buscó un par de tazas de cerámica.

—Por cierto, ¿recuerdas que hace un tiempo prometí que te enseñaría a bailar?

—Ajá.

Jessica levantó una ceja, sin dejar de perder un ápice de atención.

—Pues ha llegado el momento de ver mover esas caderas, señorita —se burló.

Después, hizo un gesto con la mano, abriéndole paso al salón.



Una vez allí, encendió el iPod y, tras buscar la canción Bailando, de Enrique Iglesias, movió la

mesa y las sillas para dejar más espacio libre.

Yo quiero estar contigo, vivir contigo,

bailar contigo, tener contigo

una noche loca (una noche loca).

Ay besar tu boca (y besar tu boca).

Yo quiero estar contigo, vivir contigo,

bailar contigo, tener contigo una noche loca.

Se colocó estratégicamente en el centro y le ofreció la mano.

—Ven aquí.

Ella se acercó.

—Verás, la postura corporal es una de las cosas más importantes en un baile.

Le pidió que pusiera la mano izquierda en su hombro mientras él le rodeaba la cintura y deslizaba

la mano a su omóplato. Después cogió su mano derecha, elevando el brazo.

—Verás que los pasos se repiten. Tu misión será dejarte llevar...

—Estoy preparada —repuso animada.

Gabriel empezó a guiarla al ritmo de la música.

La predisposición por aprender era admirable, aunque en alguna ocasión lo pisara sin pretenderlo.

—¡Auuu! —aulló por tercera vez consecutiva tras otro pisotón. Éste había sido, con diferencia, el

más doloroso de todos.

—Gabriel, ya me enseñarás en otro momento —dijo separándose.

—De eso nada. —No dejó que se alejara, estrechándola aún más entre sus brazos—. Aprenderás,

no te quepa duda, pero debes relajarte y sentir la música... cierra los ojos.

Ella hizo lo que le pidió.

—Y ahora, no pienses en nada...

Jessica se dejó guiar. La mejoría, sin duda, fue espectacular. Y la experiencia, sorprendente. Ella,

que había apostado a que jamás aprendería a bailar latino, se equivocó.

Lo único que necesitaba era a un buen maestro. Por fin, su sueño de bailar se había cumplido y

Gabriel había sido el responsable.

Casa de acogida, horas más tarde

Gabriel hinchó el pecho, su semblante rezumaba felicidad.

Había podido cruzar un par de palabras con Scott y aquella mejoría le había llenado el alma de

ilusión.

Sonriente, caminó hacia la sala de espera. Allí lo aguardaba Jessica Orson leyendo un libro.

—Te noto feliz.

—Soy feliz —afirmó ocupando parte del banco.

—Me alegro mucho, cariño. Eso es señal de que Scott va mejorando.

Gabriel bufó.

—Ni te imaginas el paso agigantado que ha dado. —Sonrió orgulloso—. Ese chaval es demasiado

especial... se merece tener una familia que lo quiera como es debido.

—Y la tendrá. Estoy convencida de ello.

—Si pudiera hacer más por él... —pensó en voz alta.

Jessica se quedó pensativa. Gabriel adoraba a aquel niño, quizá por los recuerdos que habían

marcado su infancia debido a la adopción de su hermano Iván. Tal vez porque se sentía en deuda con

sus padres y necesitaba hacer lo mismo por él.

Ella se puso en pie y, cogiéndolo de una de las manos, le propuso:

—Hagámoslo.

Gabriel se levantó lentamente del banco.

La miró ceñudo a la par que asombrado por su repentina confesión.

—Quieres a ese niño como si fuera tuyo y yo le he cogido mucho cariño.

Ella le sonrió.

—¿Con quién estaría mejor que con nosotros?

—Con nadie —repuso él aún anonadado.

—Exacto.

Jessica le apretó la mano.

—No me echaré atrás si es lo que te asusta.

—Lo sé.

—Venga... hagámoslo. Pidamos los papeles para su adopción.

Gabriel asintió conmovido.

—Hagámoslo.

## Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a todas aquellas personas que han estado desde un primer momento a mi lado.

A mis lokas que día tras día me han animado, apoyado y caminado junto a mí, agarradas de la mano. A

mis brujas: a Tiaré Pearl, mi dulce sevillana; a Noelia Martín Toribio, mi ángel diabólico, y a Jéssica Fernández, mi rubia. A Maria Karina Fitzsimons, por ser mi primer vínculo con el mundo editorial y

creer en mí desde el inicio. A mi editora, Esther Escoriza, por apostar por una autora novel y

brindarme la oportunidad de cumplir mis sueños, formando parte de Grupo Planeta. Y, por último, a

mi amiga, a mi niña y a mi alma gemela, Susana Delgado, por estar siempre, a las duras y a las

maduras, por alegrarse de mis logros y animarme en los instantes de bajón. Por ser como es, sin pedir

nada a cambio.

Y, sobre todo y por encima de todo, gracias a mi hijo por existir y por ser la razón de mi vida.

¡Gracias infinitas, de todo corazón, por hacer de mi sueño una hermosa realidad!

Los beneficios íntegros de esta obra irán destinados al Proyecto Lydia de la Asociación Cris contra el

Cáncer. Para más información: <<https://www.criscancer.org/es/asociacion-contra-el-cancer>>.



Quiero ser tu principio y tu fin

Eva P. Valencia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Eva P. Valencia, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: agosto de 2014

ISBN: 978-84-08-13309-4

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / [www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

Nací en Barcelona hace treinta y nueve años. Diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad

Pompeu Fabra de Barcelona en el año 2006, me considero contable de profesión aunque escritora de

vocación.

Soy madre de un precioso niño de 6 años —Aleix—, a quien dedico en cuerpo y alma: mi vida y mi

obra.

A principios del 2013 me decidí por fin a tirarme de lleno a la piscina y sumergirme en mi primer

proyecto: la saga Loca seducción. Todo empezó como un divertido reto a nivel personal, que poco a

poco fue convirtiéndose en mi gran pasión: crear, inventar y dar forma a historias, pero sobre todo

hacer soñar a otras personas mientras pasean a través de mis relatos.

Encontrarás más información sobre mi y mi obra en:

<http://www.evapvalencia.blogspot.com.es> y

<http://evayaleix.wix.com/evapvalencia> y

<https://www.facebook.com/evamaria.pilarvalencia>